

tres puntos, para los cuales hay toda la discusión que se puede desear.

Una de dos: ó se trata de discutir este proyecto en todo lo necesario para demostrar la conveniencia y necesidad de esta medida, ó se quiere llevar allá la discusión para que no sea ley en esta legislatura. Si se trata de lo primero, ese deseo está satisfecho; si se trata de lo segundo, ¿cuál no es de suponer, la comisión ha hecho muy bien en cerrar á esto la puerta.

Además, si esta proposición llegase á ser adoptada, los proyectos se someterían á una discusión tan detenida, que dejó á nuestra consideración si en el estado avanzado de la legislatura esos proyectos llegarían á ser verdaderas leyes. Pero no es esto todavía lo más grave; esos proyectos no constituyen la mitad de las reformas necesarias para hacer viable la Constitución del Estado.

Son indispensables además las de organización de tribunales, de registro civil, de Código penal, de Enjuiciamiento civil; sometidas todas estas leyes á discusión artículo por artículo, y decididas cuando llegarían á ser leyes. Si queréis, pues, que esos proyectos no lleguen á ser leyes y la revolución muera en su cuna, tomad en consideración la proposición del Sr. Gonzalez Marron.

El Sr. GONZALEZ MARRON: Yo no he hecho cargo alguno al señor ministro de Gracia y Justicia por la forma en que ha presentado los proyectos, limitándome únicamente á consignar el hecho.

Ni el señor ministro de Gracia y Justicia ni la comisión han contestado, ni es fácil que puedan contestar á una de mis principales observaciones. Yo he dicho que con arreglo al art. 52 de la Constitución, aun tratándose de leyes de igual naturaleza á la de los códigos, había que discutir por títulos, que es la forma que prescribe ese artículo.

El señor ministro de GRACIA Y JUSTICIA: El Sr. Gonzalez Marron defiende la discusión con tal empeño, que casi casi me darían ganas de pasarme á su bandera, si no tuviera tan gran convicción como tengo en mis opiniones.

Por último, señores, yo no pretendo ahogar la discusión, ni que las Cortes acepten los proyectos porque nosotros los presentamos. Dentro del dictamen hay medios de discusión bastante, y bastantes sobre todo cuando no se compromete el porvenir, y las leyes se van á plantear sólo como provisionales. ¡Ojalá, señores, que todas las leyes se hubieran planteado así, porque hubieran podido fácilmente corregirse los defectos que se notaban en ellas!

Leída la proposición, y puesta á votación, fué desechada.

El señor PRESIDENTE: Orden del día para mañana: Los asuntos pendientes.
Se levanta la sesión.
Eran las doce y media.

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID, 20 DE ABRIL DE 1870.



El telégrafo nos comunicó ayer el fallecimiento de la virtuosa señora duquesa de Berry, madre del señor conde de Chambord y abuela de doña Margarita, esposa del Sr. D. Carlos VII.

Unimos nuestro sentimiento al de los jóvenes príncipes residentes en Suiza, y rogamos á nuestros suscritores que encomienden á Dios el alma de la ilustre finada.

PASATIEMPOS.

Alguna vez hemos hecho notar á nuestros lectores que la cuestión de interinidad ó de monarca es como una especie de lancha salva-vidas, á la cual se acogen nuestros revolucionarios cuando se ven á punto de perecer en la deshecha borrasca que á cada paso produce el choque de las pasiones y de las ambiciosas miras de las múltiples fracciones políticas.

Es cosa sabida: siempre que hay gran marejada en las Cortes, que se descomponen la mayoría y no hay manera de poner de acuerdo á las fracciones que la forman, sale á plaza la cuestión de interinidad, como para distraer la atención general de los asuntos que producen el desacuerdo, y convertirla hacia un punto común.

Hecha esta observación, cada cual puede anunciar, aun sin tomar parte activa en la política, cuándo va á hacer el gasto la cuestión de monarca.

En las circunstancias en que hoy se encuentra la política revolucionaria, cuando el Gobierno no puede dar un paso, porque enfrente de una minoría numerosa no puede presentar una mayoría compacta; cuando se ha dado el caso raro de tener que retirar un proyecto de ley para modificar lo mismo que ya estaba aceptado por la Cámara; cuando, en fin, no hay modo de que den tregua á sus rivalidades unionistas y progresistas y cimbrados, estaba indicado, más que nunca, como remedio, el estender sobre cuadro tan desconsolador el velo de la cuestión de interinidad.

Esa indicación la han seguido casi todos los periódicos situacioneros, y hasta el mismo Gobierno según parece, y hé aquí que todas las pequeñas cuestiones pendientes han quedado como oscurecidas por la cuestión magna mencionada.

Pero ¿es esto serio? ¿Hay algún indicio que haga creer que formalmente se trata de poner término á la interinidad?

Nada de eso: todas las fracciones en que se subdividen las Cortes, y el Gobierno mejor que nadie, saben que es punto menos que imposible llegar á un acuerdo para poner fin á la interinidad; pero mientras se habla de esto, no se fija la atención con empeño en otra cosa, y se cubre el expediente. Despues, conforme se va ahondando en la cuestión de monarca, vuelven á asomar de nuevo las inextinguibles divergencias, y entonces es llegado el caso de decir, por ejemplo, que antes de proceder á la elección de

monarca es menester constituir definitivamente el país, hacer las leyes orgánicas, etcétera, etc.; y así, pasando de las leyes orgánicas á la cuestión de monarca y de la cuestión de monarca á las leyes orgánicas, el tiempo corre, la revolución dura, y los que la hicieron, sin otro propósito que alcanzar el poder, se mantienen en él y ven cumplido su deseo.

Pero ¿tantas veces vá el cántaro á la fuente que al fin se quiebra? y en una de esas continuas oscilaciones desde la cuestión de monarca á las leyes orgánicas, es más que probable que nuestros revolucionarios puegan un tropezon que les ocasione un grave disgusto. Veinte meses de desgoberno y de anarquía unas veces mansa y otras fiera, acaban con la paciencia más ejercitada y descorazonan á los que con más entusiasmo saludaron el advenimiento de la revolución engañados por las pomposas promesas de algunos ambiciosos.

El resucitar hoy la cuestión de monarca no es más que un recurso para salir del paso; pero demasiado gastado ya para que dé resultados satisfactorios. Pues qué, ¿no se ha tratado ya varias veces de ese asunto y se ha tocado con obstáculos insuperables nacidos en gran parte de los mismos que le suscitaban? ¿No ha sido la imposibilidad absoluta de encontrar una solución que satisficiera las ambiciones de todos lo que ha hecho desistir de buscarla y declarar solemnemente que no se podía pensar en eso sin haber completado antes el organismo político del país? Pues qué, ¿cuándo y en qué han variado las condiciones del país y las opiniones de la Cámara para que hoy pueda haber más esperanzas que hace cuatro meses de dar solución á la cuestión monárquica?

Lejos de haber mejorado el estado del país y de la Cámara para ese objeto, puede asegurarse que ha empeorado muchísimo. Con la interinidad ha aumentado la fuerza de las oposiciones, y el Gobierno ha perdido la influencia que tenía sobre la mayoría. Muchos progresistas que con repugnancia se prestaban antes á votar al duque de Génova, escarmentados ya con el desaire que entonces sufrieron, no volverán á hacer de nuevo un sacrificio semejante. Por otra parte los unionistas no desisten de su candidatura conocida y ya que no pueden hacerla triunfar se complacerán en oponer toda clase de obstáculos al triunfo de cualquiera otra.

Pero además ¿cómo hay un principio tan desatentado que se preste á venir á ocupar el trono de España, votado por unas Cortes que los mismos revolucionarios dicen que no son ya la genuina representación del país? ¿Qué principio ni bávaro ni sueco se presta á meterse en esta Babilonia liberal sin otro apoyo que los pobres votos de unas cuantas docenas de diputados, para gobernar con una Constitución que no han podido observar ni un solo día sus mismos autores?

Riámonos, pues, de toda nueva candidatura que para engaño de incautos ó por vía de pasatiempo echen á volar algunos interesados. El rey democrático con que sueñan algunos revolucionarios no vendrá, no puede venir, porque es tan imposible hoy como hace un año.

Pero perdidas las esperanzas de encontrar un principio como ellos dicen que lo desean, ¿se resignarán los progresistas y demócratas á aceptar á Montpensier? Progresistas y demócratas hay que son capaces de cosa semejante, pero la mayor parte de ellos, los que tienen algún sentido político, siguen creyendo que hoy menos que nunca les conviene hacer la causa de los unionistas. Estos no podrían olvidar jamás la oposición que se ha hecho al que ellos creen el candidato natural de la revolución; y por más que al principio se mostrasen benévolo para con sus antiguos enemigos, cuando viesen asegurado en el trono á su ídolo, le obligarían á ponerse al servicio de sus deseos de venganza que juntamente con su ambición arrojaría á los progresistas y demócratas de toda participación en el poder. Los progresistas, sobre todo, serían una vez más víctima de la astucia de los unionistas, y Montpensier sería al fin y al cabo el rey de la unión liberal.

Mas aparte de esas consideraciones ¿quién se atreve hoy á pensar en colocar sobre el trono de San Fernando, como rey de los españoles, al duque de Montpensier?

Imposible, imposible.

Las remotas esperanzas que pudieran tener los montpensieristas quedaron deshechas por la bala que mató al desgraciado D. Enrique de Borbón.

Cuanto se hable y se diga acerca de la cuestión de interinidad, cuantos rumores se esparzan ya en favor de Montpensier, ya en favor de cualquier otro candidato, son puro pasatiempo. La revolución tiene que continuar así y el día en que formalmente trate de salir de este estado será el día de su muerte.

LA OPINION DE LA EPOCA.

Después que casi todos los periódicos han hablado de los asuntos carlistas, faltaba que nos dijera su sibilística opinión el periódico de los hombres sensatos y desapasionados, *La Epoca*.

No se ha hecho esperar mucho tiempo. Anoche, en el primer artículo de fondo, lugar preferente en que se tratan las cuestiones más importantes, se sirve declarar para conocimiento de propios y extraños, que el partido carlista está poco menos que moribundo y que su triunfo es imposible. Teniendo algo de paciencia, quizá no tardáremos en ver que *La Epoca* varia de opinión y á la vez á las clases conservadoras con noticias belicosas y tremebundas referentes á los carlistas resucitados.

Por de pronto el periódico conservador se regocija de que la campaña primaveral, con tanta anticipación y tantas seguridades anunciada, puede darse ya por concluida. Nosotros nos regocijamos del regocijo de *La Epoca*; pero tenemos curiosidad de saber cómo puede darse por concluido lo que todavía no ha empezado y qué razones hay para creer que la primavera, en la cual acabamos de entrar, ha de ser, por ejemplo, fecunda en flores para la revolución y en espinas para nosotros.

Pásmase luego de la perseverancia con que el carlismo ha combatido siempre, á pesar de sus derrotas, y dice que si estas no han bastado para desanimarle, en cambio la revolución que tanto le ha favorecido dispersando los elementos moderados y agrupándolos en gran parte en torno de la bandera de D. Carlos, ha hecho patente su impotencia y nulidad.

Si *La Epoca*, con su sensatez y todo no fuera tan liviana en sus juicios, meditaria detenidamente sobre esa tenacidad, esa perseverancia con que el partido carlista ha luchado durante treinta y cinco años, desafiando traiciones, intrigas y reveses, y entendería que los partidos cuya constancia llega á semejante punto, son inmortales y tienen asegurada la victoria más tarde ó más temprano, porque la victoria está prometida á los que perseveran en medio de las contrariedades.

¡Ya verá *La Epoca* cuántos partidarios quedan á Doña Isabel y su hijo! cabo de dos ó tres años de emigración si en España se constituye algo que tenga siquiera aparato de orden! En cambio, D. Carlos VII contará siempre con un partido numeroso y compacto dispuesto en todo tiempo á luchar en defensa de la justicia y de la honra de la patria. ¿Por qué? Porque los partidos que existen apoyados en principios cuya bondad acreditan de consuno la filosofía y la historia no pueden morir, y lo que no puede ser no es.

Nos place que *La Epoca*, aunque con dañada intención, confiese que han venido á reforzar nuestras filas muchos conservadores de otras fracciones políticas. *La Epoca* lo ha estado negando hasta ahora; mas hoy, juzgando que puede atraérselos de nuevo, reconoce la verdad del hecho y les abre sus brazos para que vuelvan á sus antiguas tiendas, como dice *El Tiempo*. Dé por perdido el que emplea en tal ocupación. Los que han venido á nosotros de buena fe permanecerán con nosotros. Los desengañados del liberalismo de todos los matices no volverán, suelta lo que quiera (que no sucederá nada enojoso, nosotros lo aseguramos) al campo de donde salieron. Los que hayan venido por egoísmo, quizá movidos por la esperanza de medrar, vayan donde mejor les parezca, pues donde quiera que vayan antes serán enemigos temibles que amigos provechosos.

Concluye *La Epoca* manifestando que es muy natural la excisión que ha estallado en el partido carlista «que trata de renovar instituciones, prácticas y sentimientos que en los tiempos anteriores fueron la causa indudable del atraso y del aislamiento de España en medio del progreso de la Europa civilizada». Difícil le será demostrar al diario semi-liberalista, semi alfonsista, semi-montpensierista, la naturalidad de las supuestas excisiones de nuestro partido, así como que las instituciones cristianas, únicas que nosotros queremos renovar, han sido causa del atraso y del aislamiento de España. Decirlo para satisfacer al espíritu moderno de populacheria liberal es fácil: demostrarlo para convencer á los entendimientos ilustrados y graves es empresa imposible para *La Epoca* y para quien tenga más fuerzas que *La Epoca*.

De nuestras excisiones solo tenemos que decir que no basta dividir caprichosamente á los partidarios de D. Carlos en cabreristas, ceballistas, transigentes é intransigentes, casi constitucionales y absolutistas netos, sino que además es preciso señalar lo que cada una de esas imaginadas fracciones quiere, y cómo y en dónde existen. Por nuestra parte, solo sabemos que hay carlistas y nada más que carlistas, que reconocen como programa de Gobierno la carta del señor duque de Madrid al príncipe D. Alfonso, su hermano.

Quizá *La Epoca*, testigo del desbarajuste del partido isabelino, tenga empeño en suponer á los carlistas en semejante lastimoso estado. Pero las suposiciones se desvanecen con solo considerar lo que es y significa el partido católico-monárquico, y á quien esto no le convenga, le convencerán muy pronto los hechos, los innegables hechos que habrán á todo el mundo para desconsuelo y

rabia de los revolucionarios de Prim y de los revolucionarios de *La Epoca*.

Era de esperar que en la sesión de ayer, celebrada después de algunos días de vacaciones, se empezara por pedir cuenta al Gobierno de los sangrientos sucesos de Cataluña; pues aunque ya estamos muy acostumbrados á rebeliones y motines, el bombardeo de una ciudad, ocasionado según se dice por la imprudencia del ministro de la Gobernación, es un acontecimiento harto grave y doloroso.

El Sr. Rivero prometió llevar hoy á las Cortes los datos necesarios para juzgar esos sucesos; pero la minoría republicana, impaciente por combatir al Gobierno, presentó tres proposiciones: una que apoyó el Sr. Tutau, pidiendo explicaciones sobre los desórdenes de Gracia; otra, apoyada por el Sr. Pi y Margall, reclamando una información parlamentaria; y la última, que fué defendida por el Sr. Figueras, condenando la conducta de las autoridades de Cataluña. Excusado es decir que ninguna de estas proposiciones fué aprobada: no quería el Gobierno.

Los tres diputados federales estuvieron conformes en la manera de apreciar los sucesos, y aunque cada cual desde su punto de vista, todos lanzaron idénticos cargos á la situación y al Gobierno. Causantes principales del malestar de España. Sabido es que el sistema federal en nada mejoraría este triste estado, y que los individuos de la minoría se dejan llevar de un exclusivismo apasionado que no sule ser enteramente conforme con la justicia. Pero á más de que este Gobierno merece cuantos cargos se le hacen y muchos más, preciso es convenir en que casi todos los que ayer le dirigieron los diputados republicanos eran fundadimos.

Cierto es, como decía el Sr. Pi y Margall, que la autoridad civil está supeditada al militarismo, y que vivimos bajo el imperio del sable y de la fuerza bruta. Aun en los pueblos más pacíficos y en las circunstancias más normales domina la espada; pero en cuanto hay el menor desorden, la menor alteración, vienen los estados de sitio, las prisiones, el despotismo militar, el bombardeo de las ciudades, todos los horrores y todo el aparato de una guerra larga y porfiada.

Buen ejemplo de ello nos dan los sucesos de Gracia, pueblo muy pequeño, combatido por un ejército numeroso, que según cálculos, ha disparado muchísimas más bombas que habitantes había en la población. Nadie, decía el Sr. Tutau, hizo resistencia á las tropas cuando penetraron en ella, y sin embargo, su entrada causó más de 30 muertos y gran número de heridos. Y todo ¿por qué? Por no haber concedido el democrático ministro de la Gobernación un pequeño plazo para que se hiciera la quinta, por querer imponer bárbaramente las disposiciones gubernamentales, siquiera sean aquellas contra las que no han cesado de declamar los mismos hombres que las dictan.

Todavía quería el Sr. Rivero aparecer consecuentemente cuando el Sr. Pi y Margall le acusaba de haber decretado una de las mayores quintas que ha habido desde la guerra civil, él que tanto ha escrito y clamado contra las quintas. «No se puede plantear todo lo que se desea», decía el ministro de la Gobernación; pero á esto replicaba entre aplausos el Sr. Pi: «Primero me hubiera dejado yo cortar la mano que firmó ese decreto; si S. S. no puede practicar lo que ha enseñado, deje ese puesto.»

El general Prim habló, como siempre, para ser la voz de la fuerza y decir á los republicanos que aguanten y sufran todo lo que se les imponga, porque si no lo pasarán mal. El general Prim quiere soldados y ejércitos para defender la libertad, según dijo. Todo lo que se haga en oposición á las disposiciones de su poder, le parece crimen enorme, cuando él ha sido rebelde y sedicioso toda la vida, y tomaba pretexto del bombardeo de Barcelona para sublevarse contra Espartero. ¿Cuántas ciudades no se han bombardeado por orden del general Prim? ¿Cuánta sangre y cuántas lágrimas no ha hecho verter?

Pero él mismo lo dijo: cuando manda el partido liberal siempre hay rebeliones y desórdenes; es decir, siempre impera la fuerza, siempre domina el sable. ¿No es esta la condenación más terminante de los Gobiernos liberales y una declaración de que con ellos no es posible la libertad?

La libertad verdadera, la paz y el orden no pueden darlos los Gobiernos revolucionarios. Esto no es dado sino á un Gobierno fuerte que se apoye en el derecho y la justicia, en los sentimientos, tradiciones y creencias de los pueblos. Gobiernos así, no necesitan apoyarse en las bayonetas, ni crear situaciones de fuerza, que es lo único que hemos visto desde la revolución de Setiembre, y que veremos mientras la revolución dure.

El Gobierno que tantas cosas ha planteado por autorización, quiere una nueva para imponer como leyes los proyectos del ministro de Gracia y Justicia. Es una gran

verdad que los liberales parecen condenados á hacer lo contrario de lo que dicen.

¿Quién como ellos ha declamado contra el sistema de las autorizaciones? ¿Quién como ellos le ha adoptado en el poder? Nosotros tenemos profundo desprecio al régimen parlamentario, y sabemos por experiencia como lo sabe todo el mundo, que las discusiones parlamentarias son completamente estériles; el Gobierno y la mayoría lo hacen todo á medida de su deseo. Pero ¿no es un absurdo y un contrasentido que los defensores del constitucionalismo moderno, desprecien de ese modo las Cortes, planteando sin su examen gravísimas y trascendentales medidas, leyes forjadas al calor de las pasiones de partido que alteran profundamente el modo de ser de la sociedad española?

«Después se discutirán» decían en la sesión de anoche el ministro y la comisión, cuando el señor ministro combatía el dictamen presentado, autorizando al Gobierno á plantear como leyes varios proyectos, entre ellos el de matrimonio civil. Después se discutirán, es decir, cuando ya no haya remedio; cuando estén violado el derecho y perturbados los intereses sociales; cuando á la sombra de esas leyes que se van á plantear hayan crecido las exigencias de la pasión, y se haya dado legitimidad á reformas arbitrarias y trastornadoras.

¿No es esto el despotismo ministerial? Dígame lo que se quiera, el proyecto planteado por autorización será luego ley. Si lo es siempre la voluntad del Gobierno, ¿qué sucederá cuando invoque los intereses creados por las nuevas leyes? Lo que no acabamos de comprender es que se conserve la ficción de soberanía nacional y de Cortes. Si el Gobierno ha de mandar á su capricho, no ha de respetar siquiera la Constitución que nos han regalado los revolucionarios, ha de imponer sus leyes con las Cortes ó sin ellas, mejor es que se declare despotismo, cierre las Cortes, rompa la Constitución y acabe de una vez tanta mentira y tanta farsa.

Los unionistas, por medio de una proposición que apoyó el Sr. Gonzalez Marron, se opusieron anoche á las autorizaciones pedidas; pero hicieronlo débilmente y pronto les tapó la boca el Sr. Sorni diciendo que nadie ha abusado de las autorizaciones tanto como ellos.

Por otra parte, el Sr. Gonzalez Marron dijo que los unionistas se oponen al matrimonio civil; quieren que se establezca «por el camino de la libertad», y, aunque no entendemos bien esto, vemos que los unionistas, que á veces quieren aparecer religiosos, están dispuestos á transigir con los anti-cristianos proyectos del Gobierno; y siendo esto así, también transigirán con la autorización para plantearlos.

Bien pintó á los unionistas el Sr. Sorni, cuando defendiendo el dictamen de la comisión les decía:

«Ya sabemos cómo aprovecháis todos los elementos de que podéis disponer, presentando al Sr. Rios Rosas y otros de ideas afines á las suyas cuando os conviene aparentar que sois algo liberales, y valiéndoos de los Sres. Bagañal, Cánovas, Moreno Nieto y Marron cuando queréis proceder como reaccionarios, pues solo todo aquello que más os conviene. Se os arroja de las gradas del trono y perdéis la esperanza de volver al poder, y sois revolucionarios, dando procama como la de Manzanera y hallándoos dispuestos á adoptar el gorro frigio; pero sois ministros, y entonces sois conservadores. No tenéis principios políticos de ninguna clase, y seguramente que si desplegais vuestra bandera no se encontrará en ella más que esta inscripción: *Omnia pro dominatione serviliter*. Os estorba un fraile y una monja, los separáis; pero llega el caso de que no podéis vencer ciertas influencias, y tomáis el cetro de San Pa-cual, haciendo todo esto por mandar. Ahora viene una ley que es necesaria, pero juzgáis conveniente oponeros á ella, haciendo alarde de católicos; y sin embargo, sois vobis y enciclopedistas cuando os conviene.»

Cuando se está discutiendo en las Cortes proposición tras proposición acerca de los sucesos de Barcelona y Gracia; cuando no cesan de llegar á Madrid cartas de aquellos puntos quejándose de la conducta de las autoridades, y cuando en fin, en las Cortes y en los periódicos se está pidiendo que se residencie al capitán general de Cataluña, no hemos podido menos de leer con interés la orden comunicada por el ministro de la Guerra al capitán general de Cataluña, dándole las gracias por las disposiciones adoptadas para restablecer el orden y someter y castigar á los insurrectos, y por la inteligencia y actividad que ha desplegado en las operaciones como asimismo á todos los generales, jefes, oficiales é individuos de tropa por la bizarría, constancia y entusiasmo con que se han conducido.

¿Por qué ha tenido tanta prisa el general Prim en dar las gracias al Sr. Gaminde? ¿No hubiera hecho mejor en aguardar á que la conducta de ese general se esclareciese en las Cortes para no prevenir el juicio de estas con la orden de acción de gracias?

¡Desdicha es y grande la de *El Imparcial*! Jamás acierta en sus cálculos, ni con sus malicias hiere nunca las cuestiones de que trata. A nuestro artículo de ayer opone otro artículo, plagado de cavilosas y embutido de malos y torcidos pensamientos. Nos dice que cantamos la palmodia: que queremos recoger los dispersos restos del

carlismo y ocultar las divisiones que nos destruyen, etc., etc.

El mismo fundamento tienen estas malicias sancho-pancistas de *El Imparcial* que la primera con que su artículo comienza, atribuyendo al nuestro un origen equivocado. Supone que está escrito en la corte de don Carlos, de cuya suposición parte para deducir algunas consecuencias inocentes. Pues sepa *El Imparcial* que el artículo de ayer está escrito en Madrid, por la misma misma que estas líneas traza.

Tan acertados como este son todos los demás juicios de *El Imparcial* respecto de la situación de nuestro partido. Sin duda les corre mucha prisa á nuestros adversarios saber de qué se trata y qué se determina en la reunión de Claren. ¡Paciencia, señores, paciencia! No muestren tan sospechosa solicitud por nuestra suerte, ni curiosidad tan grande por los acuerdos de nuestro partido, porque harán creer á todo el mundo que el consabido *cadáver* puede, de un momento á otro, introducir el espanto en las desordenadas filas de los vivos. Paciencia, paciencia, que todo se sabrá antes de mucho tiempo, y entonces hablaremos.

El Eco de España publica en su número de hoy las siguientes líneas:

«Ayer se dijo que el regente había llamado al general Prim para manifestarle que era más que nunca urgente salir de la interioridad. Decíase que el general Serrano había presentado resueltamente la cuestión, diciendo que podía elegirse entre tres candidatos: el general. Espartero, el duque de Montpensier y el general Prim. Afidábase que este último personaje había contestado sin vacilar que ni quería ni podía ser rey; y que respecto á los otros dos candidatos, se oponía y oponía desde luego, porque los rechazaba su partido».

No sabemos si todo lo que se dice en el párrafo que copiamos será exacto; pero lo de proponer el general Serrano al general Prim la candidatura del conde de Reus, nos parece muy verosímil, dado el carácter *francote* del regente.

Tal vez la respuesta del general Prim respecto á Montpensier y Espartero no fuera tan explícita como indica el diario moderado; pero es seguro que el presidente del Consejo de ministros tiene decidido propósito de oponerse á las candidaturas de aquellos personajes y quizá de otros.

De dos columnas y media de palabras amontonadas en orden progresista por *La Iberia*, para demostrar que conviene echar abajo todos los conventos de Madrid, tomamos el siguiente *pistonotado* párrafo:

«Madrid hoy es una capital que se ensancha, un cuerpo que crece, una población que se despierta al albedío de la locomotora y vibra conmovida por el eléctrico fluido que conduce la red de alambres que sobre sus tejados lleva á los confines de Europa y del mundo la palabra que revela el poderoso latir del corazón de la nacionalidad hispana, y no un sepulcro mezquino, pero bastante á contener la soberbia esteril personalidad de Felipe II.»

Entre el sepulcro mezquino de Felipe II, dueño de casi toda Europa y, podemos decir, de casi todo el orbe, y la capital alegre y retonzosa de D. Juan Prim, que apenas tiene poder sobre el suelo que pisa; buenos españoles, patriotas verdaderos ¿qué elegiríais?

Esta pregunta no vá, por supuesto, dirigida á *La Iberia*.

El general Prim tomó ayer parte en la discusión de las proposiciones relativas á los sucesos de Barcelona, y sorprendió á los diputados con el anuncio de un nuevo proyecto de ley de orden público. El anuncio produjo grandes rumores:

«Las Cortes examinarán la conducta del Gobierno y decidirá; pero es preciso que tengan en cuenta que estamos en un período constituyente; que aun no está votada la ley de orden público, y que hace falta otra ley para que las autoridades militares puedan, de acuerdo con las civiles, hacer lo que ha hecho ahora el capitán general de Cataluña (*El Sr. Elduayen*). Y la Constitución? (*Grandes rumores*). No sé si esos rumores quieren decir que se teme por la integridad de la Constitución; porque esa ley vendrá dentro de los preceptos constitucionales, sin que yo tenga ahora que decir el cómo.»

De modo que vamos á tener dos leyes de orden público, una civil y otra militar para que los capitanes generales puedan hacer lo que hasta ahora han hecho sin ellas, y la Constitución seguirá diciendo sin embargo, que para declarar en suspenso las garantías constitucionales en toda la monarquía ó en parte de ella, se necesita una ley especial.

Hé ahí por qué el unionista Sr. Elduayen al oír decir al general Prim que iba á presentar un nuevo proyecto de ley de orden público para que los capitanes generales puedan hacer lo que ha hecho ahora el capitán general de Cataluña, le interrumpió con estas palabras: ¿Y la Constitución?

¡Oh, Sr. Elduayen! La Constitución será lo que era la de 1845 cuando Vds. los unionistas mandaban.

Aquí no hay ni ha habido más Constitución que la soberana voluntad del Gobierno apoyada por la fuerza.... mientras la fuerza la ha querido apoyar.

Un periódico publica hoy la consoladora noticia de que la mayor parte de los cuerpos del ejército residentes en Madrid han cumplido ya con el precepto pascual, sin embargo de haberseles dejado en libertad de hacerlo ó no.

No nos sorprende ciertamente ese resultado, tan en consonancia con el espíritu religioso del pueblo español, que no pierden nuestros soldados al entrar en el ejército.

EL JURAMENTO Y EL CLERO.

El *Boletín eclesiástico* de Gerona publica la siguiente circular del señor gobernador eclesiástico de dicha diócesis:

«Con posterioridad á mi circular de 1.º de este mes, he recibido varias cartas del Excmo. é ilustrísimo señor Obispo encaminadas á que se suspenda todo acto relativo al juramento de la Constitución que se exige al reverendo Clero, mientras Su Santidad no resuelva lo que deba hacerse.

Abriaba la esperanza de que á estas horas podría ya comunicar alguna resolución oficial definitiva, pero solo me es dado decir con referencia á una comunicación de 9 del corriente, que la sagrada congregación del Santo Oficio encargada por Su Santidad de dar dictamen en tan delicado asunto, opina que, *rebus ut nunc stantibus non licet jurare*.

Lo que creo conveniente publicar para conocimiento y gobierno de los reverendos Sacerdotes de la diócesis.

Gerona, 15 de Abril de 1870.»

El Excmo. é Ilmo. señor Obispo de Vitoria ha dirigido al ministerio de Gracia y Justicia una consulta sobre los siguientes puntos:

1.º No percibiendo el Clero catedral, ni el parroquial, ni sus dependientes cantidad alguna del presupuesto general del Estado, y no considerándose, ni aun bajo este concepto, funcionarios públicos, ¿están llamados á prestar dicho juramento?

2.º En caso afirmativo, atendida esta circunstancia y la práctica observada en ocasiones anteriores, y tomando en cuenta que el juramento es un acto religioso, se permitirá que este Clero lo preste en manos de sus superiores jerárquicos, con presencia de notario que certifique en forma, elevándose las actas en su día al ministerio de Gracia y Justicia?

3.º En conformidad á la declaración del Gobierno á la Santa Sede, á la respuesta dada por Su Santidad, á las instrucciones comunicadas al Episcopado español y al respecto que se merecen las conciencias de los eclesiásticos, por el derecho que como ciudadanos españoles tienen con respecto á la dicha ley fundamental, ¿se recibirá y acreditará en el acta correspondiente que los individuos del Clero juran guardar dicha Constitución en lo que no sea contrario á las leyes de Dios y de la Iglesia?

Nos dicen que no jurarán la Constitución de 1869 segun el decreto de 17 de Marzo los señores siguientes:

D. Angel Sanz de Valleruela, D. Pedro Domingo Rubio, D. Domingo Miguel Saravia, don Cayetano Pagador de Parra, D. Manuel García y D. Leon Saenz de la Cuesta, Beneficiados de la Santa Iglesia catedral de Badajoz.

Los individuos del Clero catedral y parroquial y exclaustrados de Baeza.

D. Timoteo Plaza, Velbriente del Pinar.

D. Ramon Leon y Marin, Párroco de Valenzuela.

Los individuos del Clero parroquial y exclaustrados de Tordesillas.

D. Salustiano Rodriguez Monge, del hábito de Santiago, Párroco de Aranjuez, D. Gerónimo Martínez, Coadjutor, D. Narciso Sánchez Moraleda, D. Manuel Velasco y D. Francisco Cruz.

Los Párrocos de la villa de Teba, D. Manuel Reyes Gonzalez, Cura propio y D. José Rafael de las Cuevas, Cura ecónomo.

D. Eustaquio Blas, Párroco de Tomelosa.

D. Francisco de Paula Sembl, Párroco de Paracuellos de Jarama y D. José María Faguet, Párroco de Valdecarlos y Rector de Torrejón de Ardoz.

D. Camilo Mora, Párroco de Villaminaya.

Nos escriben de Ibiza lo siguiente:

«Todos los Capitulares y Beneficiados de esta Santa Iglesia catedral, sede vacante, han resuelto estos días no prestar el juramento á la Constitución, en cuyos sentimientos abunda todo el Clero parroquial de esta isla y la de Formentera. En la diócesis de Mallorca se ha tomado el mismo acuerdo.»

No es cierto, segun dice un periódico, que los perlistas intenten nada por ahora, pues muchos de los individuos de este grupo están ausentes; no ha habido reunión alguna, y es completamente gratuito que el Sr. Mata trate de formular proposición alguna, como ha dicho un periódico.

Por este lado tenemos un peligro menos, dirán los situacioneros.

Anteayer se publicó el primer número de un periódico mercantil, comercial y de noticias titulado *La Correspondencia universal*. Empieza con la siguiente noticia:

«Se cree muy próxima la salida del Sr. Rivero del ministerio de la Gobernación.»

Pues no comienza mal.

Segun dice un diario valenciano, en el pueblo de Beniparrell, dos labradores armados con sendos trabucos, se pararon delante de un niño que estaba jugando en la calle, y sin decir *este ni muestre*, le dispararon á boca de jarro, dejándole muerto en el acto.

El domingo por la noche, volviendo de pescar un labrador de la huerta de Ruzafa, fue herido mortalmente de un trabucado, en las cercanías de la fuente de San Luis.

¡Ni en Africa!

Segun dice un periódico, el comercio de Madrid gestiona para que se formule una interposición en las Cortes al Sr. Figuerola sobre tarifas industriales. A este fin fué ayer una comisión á hablar sobre este asunto con un diputado de la mayoría.

La Juventud Católica de Tortosa concurrió á la procesion del Viernes Santo en corporación. También formó parte de dicha procesion la Junta provincial carlista y varios socios del casino, probando de este modo su religiosidad. En cambio, observa *La Voz de la Patria* de dicha ciudad, que la autoridad municipal, muy solícita por garantizar el orden, no por medio de sus dependientes, sino personalmente á los autores de las inmundas obscenidades del día de Ceniza y primer domingo de Cuarema, brilló por su ausencia durante la procesion de la noche del viernes. Ni aun los dependientes cuidaron de permanecer en sus puestos para conservar el orden durante la procesion.

Nos acaba de contar un amigo nuestro, persona de toda veracidad, el siguiente suceso que demuestra una vez más la gloriosa libertad de

que gozamos en Madrid, gracias á nuestras vigilantes autoridades. El Jueves de Pasion un íntimo amigo suyo acababa de cobrar una letra de cambio por valor de 16,000 rs. en la calle de la Concepción Gerónima, y se fué á su casa á desayunarse. Dijo allí 9,000 rs., y marchóse en seguida con los restantes 7,000 á pagar un giro en el barrio de Salamanca. Era la una del día, y al llegar á la calle del Cid, acaesóronle dos cacos que allí le aguardaban, cubriéronle la cara con la vuelta de la capa, empujándole dentro de un portal, echáronle al suelo, y bonitamente le limpiaron los 7,000 rs. que llevaba en billetes de Banco, y de unos cinco ó seis duros que tenía en efectivo. Todo fué cosa de un minuto, y los ladrones huyeron libremente por la calle de Recoletos hacia la Plaza de Toros, sin que nadie respondiera á las voces de ¡ladrones! que corriendo tras de ellos daba la víctima de la libertad.

Leemos en *La Buena Causa*, diario carlista de Vitoria:

«Sabemos de una manera indudable que el ilustrísimo Cabildo de la catedral de Vitoria, Beneficiados y demás Clero de la misma, todos unánimemente se han negado á jurar la Constitución de 1869, por no permitirle su conciencia.»

Han asegurado á un periódico que algunos capellanes de ejército piden su retiro. ¿Tiene que verse esto, pregunta, con el juramento que ahora se exige sin atenerse á la fórmula convenida con la corte pontificia?

Es muy probable.

La revista titulada *El Boletín Diplomático* ha publicado en su último número las siguientes ideas que nosotros reproducimos por más que no nos parezcan en todo muy verosímiles:

«Vamos á comunicar á nuestros lectores algunas noticias que han llegado hasta nosotros sobre la próxima elección del señor duque de Montpensier. No podemos responder de su exactitud, pero el público juzgará si son ó no verosímiles. Tenemos el deber de publicar cuanto vamos sabiendo respecto á la importantísima cuestión dinástica, y aunque parecerá extraño que seamos nosotros los primeros en dar á luz la que van á leer nuestros suscritores, hay cosas que no necesitan explicarse por poco que en ellas se piense.

El rumor, la versión que hemos recogido de persona muy respetable, es la siguiente:

Parece ser que cuando, después de una sesión memorable que duró toda la conciliación, el señor duque de la Torre determinó seguir á sus antiguos compañeros y presentar á las Cortes la dimisión de su elevado cargo; pero antes de verificar este hecho cuya gravedad nadie puede desconocer, consultó su determinación con hombres distinguidos del partido monárquico y de todas las fracciones de la Cámara.

Estos políticos aconsejaron á S. A. que de ningún modo abandonase su puesto; el consejo fué unánime. Dicese que entre las personas llamadas por el general Serrano acudió también don José de Oñazaga, quien opinó como los demás. Pero el regente manifestó á D. José de Oñazaga el deseo de saber la opinión de su hermano don Salustiano sobre este particular, y sobre la solución monárquica. D. José indicó al duque de la Torre que se hallaba dispuesto á escribir á nuestro embajador en París, desfilando á los deseos de S. A.

Y efectivamente escribió, recibiendo á los pocos días una contestación de D. Salustiano, que puede reducirse á estos términos:

D. Salustiano de Oñazaga cree anti-patriótico y sumamente espuesto el que abandone la regencia el duque de la Torre, y le aconseja que permanezca en ella.

Nuestro embajador no puede contradecirse en un punto de tanta importancia como la elección de monarca, y mucho más creyendo, como cree, que lo mejor, lo más útil, lo más grande, la solución nacional, en fin, es la unión ibérica.

Esta es su contestación oficial, pero confidencialmente dice á su hermano que son tantas las dificultades que á ella se oponen, por circunstancias ya conocidas, que no vé hoy por hoy más rey posible que el duque de Montpensier, á pesar de la oposición que se le hace, oposición á la que quizás ha contribuido el mismo señor Oñazaga.

Al tal noticia se agrega que el regente está dispuesto á dirigir un mensaje á la Asamblea Constituyente en el que expondrá su deseo de retirarse de la primera magistratura de la nación, si en un breve plazo posible no se termina el período constituyente eligiendo el monarca que debe sentarse en el trono de España, porque tiene el convencimiento de que la interinidad es insostenible por mas tiempo y tambien un constante peligro para la patria.

No pod mos hacer comentarios. Nos limitaremos á reproducir las noticias tales y como las hemos adquirido. ¿Serán exactas? ¿Carecerán de fundamento? Lo ignoramos. Pero lo cierto es, que son verosímiles, porque aquí ya todo es verosímil.

La consecuencia que nosotros sacamos de las precedentes líneas, es que no está el horno para bollos, ó lo que es lo mismo: Aquí no hay rey democrático posible.

El Gobierno no ha cuidado de dar á conocer el tratado de comercio celebrado entre España y Bélgica; pero la comisión de los productores nacionales ha publicado un Manifiesto en Barcelona del que tomamos los párrafos siguientes:

«Basta un ligero examen de ese tratado para descubrir en él los caracteres propios de un contrato unilateral, favorable á una de las partes, oneroso para la otra. Bajo las apariencias de una reciprocidad ilusoria, España se obliga á todo; Bélgica á nada.

España se compromete á mantener irrevocables sus aranceles, recientemente reformados, con las rebajas sucesivas de derechos establecidos para el porvenir, y cuyo conjunto abarca todo género de productos, sin excepción alguna; renuncia de este modo á la facultad de enmendar cualquier error que demuestre la experiencia; cierra los ojos al peligro que pueden correr sus intereses en épocas y circunstancias desconocidas, y abdica una parte de su soberanía, en el hecho de no poder alterar ó modificar sus propios leyes.

Bélgica se reserva íntegra esa facultad de hacer y deshacer lo que mejor le convenga en su legislación aduanaera, mientras no trate á España peor que á las demás naciones; parte de bases que no deben producir efectos ulteriores fuera de los ya conocidos; y obtiene la seguridad de ventajas presentes y futuras, en cambio de haber aplicado á España el beneficio de sus tarifas convencionales con otras potencias.

Años hace que rigen estas tarifas convencionales, y las cifras de nuestro comercio con Bélgica dicen que ningún beneficio nos proporcionan, siendo nuestra exportación anual á dicho país de 9 á 12 millones, contra 50 ó 60 que suma la importación de productos belgas en España. Ninguno de los frutos de nuestro suelo adquiere ventajas; que hoy no tenga, por el tratado hispano-belga; ninguna excepción, ningún beneficio se estipula en él á nuestro favor. Pero en cambio, los objetos de todas clases, cualquiera que sea su origen y procedencia, pueden venir á España en bandera belga, sin pagar otros ni más altos derechos que si fuesen importados en bandera nacional; pero en cambio, se asegura

la baja sucesiva de esos derechos, y las lanas de Australia pueden concluir impunemente con nuestra abrida ganadera; los cáñamos y linos de la Rusia pueden impedir perpetuamente su cultivo en nuestros campos; los trigos y demás cereales de Levante, y mañana los de América, pueden surtir cumplidamente nuestras provincias del litoral, empobreciendo más y más á las del interior, impidiendo todo comercio entre unas y otras, y haciéndonos volver á los tiempos de penuria crónica anteriores á 1820. Pero en cambio admitiremos los arceos de la India, sin perjuicio de que desaparezcan los arrozales de Valencia; y consumiremos azúcares belgas, ingleses ó franceses, y aguardientes de granos, ó de uva, ó de caña, ó de cualquier origen, sin poder llevar los nuestros nulos agenos á Bélgica, ni á Inglaterra, ni á Francia, como no sea pagando dobles y triples derechos de los que aquí se imponen; y veremos otros productos nacionales de primera necesidad recargados con un 25 por 100 en concepto de arbitrios municipales y provinciales, al paso que los extranjeros de igual clase tendrán el privilegio de no pagar más de un 15 por 100 en las aduanas.

Pero en cambio, la metalurgia belga, que vence á la francesa, que ha sido fundada en cuarenta años con la más decidida protección directa ó indirecta de aquel Estado, adquirirá mayor incremento á expensas de nuestras abridas fundiciones y forrierías de Asturias y Vizcaya, y los españoles nos dedicaremos á escavar la tierra para exportar 50 toneladas de mineral bruto y recibir en pago una tonelada de hierro, de zinc ó de plomo.

Pero en cambio, las hilazas, que importamos ya por un valor aproximado de doscientos millones anuales, los tejidos de todo género, la maquinaria y la ferreteria, la cerrajería y la armería, que apenas tienen rivales en Bélgica, podrán seguir paralizando el trabajo de nuestros talleres y fábricas, y reducirlos á completa nulidad; las ropas hechas y el calzado, los mil objetos de necesidad y de lujo que dan vida á la población artesana de las ciudades y aliento á los artistas, vendrán por último á esterilizar los esfuerzos y la inteligencia de esas honradas clases, tan útiles, tan necesarias, tan atendidas en todo país culto y civilizado.»

CORREO DE HOY.

Las cartas y periódicos de Roma dicen que la ciudad pontificia ha presentado esta Semana Santa un magnífico é incomparable espectáculo. Es incalculable el número de extranjeros de todos los países que hay. El tiempo, hermosísimo. El Papa es acamado con entusiasmo: *Viva el Papa! Viva el Papa!* Los gritos que se escuchan en el espacio cuando Pío IX entra ó sale de la basílica para asistir á las ceremonias religiosas, que han sido admirables. La bendición *urbi et orbi* dada desde lo alto del Vaticano el Jueves Santo, fué un espectáculo verdaderamente asombroso. La inmensa plaza, las calles, todo estaba rebosando de gente. La apiñada multitud se arrojó para recibir la bendición del Pontífice, que fué aclamado con ardiente entusiasmo en multitud de idiomas.

Después de dar cuenta de esta y otras angustias solemnidades, dice una carta:

«Jamás ha habido tanto concurso, tanto entusiasmo, tantos extranjeros de todas las naciones. Las calles más animadas de París, no ofrecen nada comparable á las de Roma en estos días. Esto es una vida y una alegría inexplicables. ¡Ver las obras más admirables del mundo, contemplar los monumentos que recuerdan los más ilustres hechos de la historia, y esto con un cielo clarísimo y un sol resplandeciente! ¡Qué espectáculo! ¡A no ser cristianos diríamos que este es el día!»

La solemnidad del jueves ha sido admirable. El Papa bajó á la basílica á las diez, y ya desde las cinco y las seis de la mañana estaba henchido de fieles el inmenso templo. El altar estaba resplandeciente. Pío IX llevaba la mitra de oro; todos los vestidos y adornos brillantes; todos los rostros inundados de alegría. Los cantos de la capilla pontificia, verdaderamente celestiales.»

Dicen de París: «Ayer se ha celebrado una gran reunión en favor del plebiscito. Apenas se cabía en los espaciosos salones del Hotel de Louvre, y entre otras medidas importantes se ha adoptado la de dividir París en ochenta sub-comités con el objeto de favorecer tambien el mejor éxito del plebiscito.»

El emperador consulta á propósito del plebiscito á las personas más notables de todas las opiniones.

Hé aquí la importante circular que el comité del plebiscito dirige, por este correo, á las provincias:

«En nombre del comité formado en París para el plebiscito de 1870, hacemos un llamamiento directo á vuestro patriótico consenso.

«Para cumplir la misión que hemos aceptado debemos tener por auxiliares á todos los que están investidos de la confianza del sufragio universal. Sus elegidos en todos los grados, los consejeros generales, los de distrito, los municipales, son los guías seguros que el pueblo acepta, porque son los elegidos de él.

«Del porvenir del pueblo, es del que la Francia reunida en comisión está llamada á decidir. Sentado que contestará sí ó no, fundará el imperio de la libertad, ó separando al imperio de la libertad, se entregará fatalmente á la revolución.

«Hé aquí lo que es preciso hacer entender á los electores. Esta tarea os pertenece. Para llevarla á feliz término, y adherir á una acción común todos los esfuerzos individuales, se ha organizado el comité central.

«Os encarecemos que forméis comités en cada departamento, en cada circunscripción, en cada cantón. Poneos de acuerdo con vuestros respectivos diputados, que consideran su mandato como un título para dar por todas partes ejemplo de patriotismo; concertaos con todos los hombres de buena voluntad para organizar el acuerdo de todas las fuerzas que deben asegurar la victoria.

«Nosotros nos ponemos á vuestra disposición para secundaros sin reserva. Os rogamos nos deis aviso de la formación de comités á los que dirigiremos nuestras publicaciones. Rescribiremos con la más viva solicitud cuantas indicaciones tengáis por conveniente hacernos respecto al movimiento plebiscitario en vuestras respectivas circunscripciones.

«Todas las correspondencias deberán dirigirse al duque de Albufera, presidente del comité central, 182, rue de Rivoli, en París.

«Aceptad, señor consejero, la expresión de nuestros más distinguidos sentimientos.

«Los miembros de la comisión ejecutiva.—El Gerente, Pierre Eniquet.»

El comité democrático, formado de gran número de diputados de la izquierda republicana y de representantes de la prensa avanzada, no ha

podido continuar de una manera homogénea: en la redacción del *Reveil* ha tenido lugar una reunión menos numerosa y más íntima, en la que á instancia de Gambetta y de Ledru-Rollin se ha acordado, en lugar de la abstención, que había parecido que iba á adoptarse en un principio, votar abiertamente por el no, y aun se añade que en este sentido se hará un manifiesto y se remitirán boletines á todos los departamentos.

En todas las provincias se han celebrado con gran solemnidad, fervor y recogimiento las funciones de Semana Santa; pero en Leon, segun vemos en *La Voz del Patriotismo*, las ceremonias religiosas, especialmente la procesion del Viernes Santo, han ofrecido un espectáculo extraordinario como no se había visto hace muchísimos años. Hé aquí lo que de la procesion dice aquel ilustrado periódico:

«Tiempo ha que Leon no ha presenciado espectáculo igual. Bien puede asegurarse que desde hace cuarenta años no acudió á ninguna tanta gente ni brilló en ella tanta luz.

En ella vimos á la *Juventud Católica* en masa, á la Congregación de San Luis, á los internos del Seminario, á individuos de varias cofradías, de la junta católico-monárquica, de la redacción de *La voz del Patriotismo*, los jefes y oficiales residentes en la capital, y sobre todo en ella vimos al piadoso y honrado pueblo de Leon formando dos líneas prolongadas y compactas, dando una prueba inequívoca de su fe y su devoción, de su fe y que tambien demostraban todos los asistentes á verla pasar, descubriéndose y arrojándose humildemente cuando delante de ellos cruzaban las sagradas imágenes. Ocho individuos de la benemérita Guardia civil caminaban á los lados del Súplico; y presidían, siendo en esta ocasión verdaderos representantes del pueblo, las primeras autoridades de la provincia, acompañadas del M. I. ayuntamiento de la capital, y detrás seguía la banda de música y un inmenso gentío de los pueblos comarcanos.

Cuando partió tan magnífica y numerosa procesion, en la que por lo menos lucían mil docientos hachas, nuestro pecho se alborozaba y nuestros ojos veían con intensa satisfacción la santa alegría que se reflejaba en todos los semblantes.

Y si satisfactorias fueron nuestras impresiones al principio de la procesion, no fueron menos dulces durante todo el tránsito y al concluir, pues á pesar de las cuatro horas que duró, el número de fieles lejos de disminuir aumentó durante todo el tiempo.

La noche fué serena y apacible, y hubo iluminación general en las calles.»

Los patriotas de Calatayud hicieron tocar el himno de Riego en la procesion del Viernes Santo. Si con tal motivo, hubiera habido algun susto, los diarios revolucionarios dirían que los carlistas promovían conflictos con su desatendida conducta.

De resultas de esto el alcalde segundo y tercero han hecho dimision de sus cargos.

Para el sábado último estaba convocado para prestar el juramento el ayuntamiento elegido por sufragio en Alcoy; pero á pesar de lo que se había trabajado á fin de que tomasen posesion, los individuos que lo componen se han negado otra vez á ello. En vista de esta declaración se les ha señalado nueva próroga para que puedan efectuarlo.

El domingo último se inauguró en Bilbao, con el mayor entusiasmo y en medio de una escogida concurrencia, el casino carlista. El salón estaba magníficamente adornado; sobre la presidencia se levantaban bajo un elegante dosel de damasco, á la derecha el retrato de D. Carlos, á la izquierda el de donña Margarita, y en medio las armas de Bilbao rematando el adorno el escudo de Vizcaya en una elegante escultura hecha en madera del árbol de Guernica.

El vicepresidente Sr. D. Anacleto Martinez pronunció con acento conmovido el discurso inaugural, haciéndose después una colecta para socorrer á una familia desgraciada, que produjo el más lisonjero resultado.

El mismo día por la noche quedó instalada tambien en Bilbao la Asociación de católicos, habiéndose señalado el próximo viernes para dar principio á las lecciones.

ÚLTIMA HORA.

CONGRESO.

El Sr. Ochoa apoyó hoy á primera hora una proposicion, en que pide remita el Gobierno al Congreso la causa formada al duque de Montpensier por haber dado muerte en desafío al infante D. Enrique.

Empezó diciendo que su ánimo no era, de ningún modo, agravar la deplorable situación del señor duque; que únicamente quería que del examen de la causa, verificado en el Congreso, resultara ocasion de acallar las murmuraciones, infundadas sin duda alguna, á que en la opinion pública ha dado lugar el procedimiento y fallo de este negocio.

Después se extiende en consideraciones relativas á la legislación que rige en la materia.

TELEGRAMAS.

(De la Agencia Havas-Bullier.)

PARIS, 19.—Senado.—Mr. Emilio Ollivier contestando á Mr. de Butenul, dice que el nombramiento de los alcaldes debe ser reservado al poder ejecutivo, pero cree inútil hacerlo constar en la Constitución.

El art. 24, diciendo que los senadores serán nombrados en Consejo de ministros, ha sido rechazado por 63 votos contra 47.

Continuó mañana la discusión.

Ayer ha tenido lugar una nueva sesión de las dos fracciones de la izquierda, pero sin poder llegar á ponerse de acuerdo; pareció, pues, definitiva la excoision.

Asegúrase que mañana el diario *L'Electeur Libre* publicará un artículo de Mr. Ernest Picard explicando la situación.

BOLSA DE HOY.

Titulos del 3 por 100 consolidado, publicado, 21-90; papeños, 25-00 y 25-15; á plazo, 24-90, 85-80, 75 y 85 fin cor. fir.; 25-05, 25-00, 24-90 y 95 fin. prox. fir.

Titulos del 3 por 100 procedentes del diferido, publicado, 24-90 y 80; á plazo, 24-75 fin cor. fir. Billetes hipotecarios del Banco de España, 1.ª serie, publicado, 100-50.

Idem idem de la 2.ª serie, publicado, 96-00. Bonos del Tesoro de 2,000 rs., 6 por 100 interés anual, publicado, 65-20, 15, 10, 65-80 y 70; á plazo, 66-00 fin cor. vol.

Obras públicas de 1.º de Julio de 1858, de 2,000 rs., publicado, 48-00. Obligaciones generales por ferrocarriles, de 2,000 rs., publicado, 46-40 y 30.

Acciones del Banco de España, no publicado, 133-00 d.

